

de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre. Aquí sí que fué el admirarse de nuevo: aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos de puro espanto. Y apartándose Don Antonio de la cabeza, dixo: esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro y pregúntele lo que quisiere: y como las mugeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la muger de Don Antonio, y lo que le preguntó fué: dime, cabeza; que haré yo para ser muy hermosa? y fuéle respondido: sé muy honesta. No te pregunto mas, dixo la preguntanta. Llegó luego la compañera, y dixo: querría saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no. Y respondiéronle: mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóse la casada, diciendo: esta respuesta no tenia necesidad de pregunta, porque en efecto, las obras que se hacen, declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de Don Antonio, y preguntóle; quien soy yo? Y

fuéle respondido: tú lo sabes. No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas, si me conoces tú? Sí conozco, le respondiéron, que eres Don Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender, ó cabeza, que lo sabes todo. Y apartándose, llegó el otro amigo y preguntóle: dime, cabeza; que deseos tiene mi hijo el mayorazgo? Ya yo he dicho, le respondiéron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo eso te sé decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Eso es, dixo el caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto mas. Llegóse la muger de Don Antonio, y dixo: yo no sé, cabeza, que preguntarte, solo querría saber de ti, si gozaré muchos años de mi buen marido. Y respondiéronla: sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la qual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego Don Quixote y dixo: dime tú el que respondes, ¿fué verdad, ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulci-

nea? A lo de la cueva, respondiéron, hay mucho que decir, de todo tiene: los azotes de Sancho irán de espacio: el desencanto de Dulcinea llegará á debida execucion. No quiero saber mas, dixo Don Quixote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear. El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué: por ventura, cabeza, ¿tendré otro Gobierno? ¿saldré de la estrechez de escudero? ¿volveré á ver á mi muger y á mis hijos? Á lo que le respondiéron: gobernarás en tu casa, y si vuelves á ella, verás á tu muger y á tus hijos, y dexando de servir dexarás de ser escudero. Bueno par Dios, dixo Sancho Panza, esto yo me lo dixera, no dixera mas el Profeta Perogrullo. Bestia, dixo Don Quixote ¿que quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado, correspondan á lo que se le pregunta? Sí basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara mas, y me dixera mas. Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiracion en que todos quedáron, excepto los dos amigos de

Don Antonio que el caso sabian. El qual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba: y así dice que Don Antonio Moreno, á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid, fabricada por un estampero, hizo esta en su casa, para entretenerse y suspender á los ignorantes, y la fábrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenia era de lo mesmo, con quatro garras de águila, que dél salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de Emperador Romano y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas ni ménos la tabla de la mesa en que se encaxaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia. El pie de la tabla era ansimesmo hueco, que respondia á la garganta y pechos de la cabeza: y todo esto venia á responder á otro aposento que debaxo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañon de hoja

de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abaxo, correspondiente al de arriba, se ponía el que habia de responder, pegada la boca con el mesmo cañon, de modo que, á modo de cerbatana, iba la voz de arriba abaxo y de abaxo arriba, en palabras articuladas y claras, y desta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de Don Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el qual estando avisado de su señor tio de los que habian de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta: á las demas respondió por conjeturas, y como discreto discretamente. Y dice mas Cide Hamete (r), que hasta diez ó doce dias duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que Don Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á quantos le preguntaban respondia, temiendo no llegase á los oidos de las despiertas centinelas de nuestra Fe, habiendo declarado el caso á los señores Inquisidores, le mandaron que la deshiciese y no pasase mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase.

Pero

Pero en la opinion de Don Quixote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, mas á satisfacion de Don Quixote que de Sancho (1). Los caballeros de la ciudad, por complacer á Don

(1) Estas cabezas, estatuas, ó simulacros fatales ó fatídicos, se usaron en varios tiempos, y se tenian vulgarmente por obra de la magia. De Alberto Magno se escribe que fabricó una de estas cabezas, y otra el marques de Villena, Don Enrique de Aragon. El Tostado habla de una cabeza de metal, que vaticinaba en la villa de Tabara, y cuyo oficio principal era avisar si habia algun judio en el lugar, diciendo: *judæus adest: judio hay en el lugar*: y no cesaba de gritar hasta que el judio se salia de él (*Super Numer. cap. XXI, quæst. XIX.*). De ella hace tambien mencion Fr. Rodrigo de Yepes en la *Historia del Niño de la Guardia*: pag. 60, diciendo: *Al fin quiero contar una cosa que acaecio en la villa de Tabara, entre Zamora y Benavente, de la qual me certifiqué yo mas siendo allí prior del monasterio de Jesus, geronimiano, y vi la torre de la iglesia, que antiguamente edificó el comendador Nuño en tiempo de los Templarios, como lo dice una piedra que está á la subida de la torre, en la qual torre parece haber estado una cabeza de metal, como la que tenia Don Enrique de Villena, cuyos libros mandó quemar Don Juan II; y estos libros y esta cabeza eran del arte magica del demonio, y hablaba y respondia algunas cosas, etc.* De la de Tabara, añade el Tostado, que la ignorancia de los vecinos la hizo pedazos, y su anotador dice á la margen: que la malicia de los judios. Pero, quando estas cabezas hubiesen sido reales y verdaderas, no intervenia por cierto regularmente arte ninguna mágica, sino el mero artificio humano,

Antonio, y por agasajar á Don Quixote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenáron de correr sortija de allí á seis dias, que no tuvo efecto por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á Don Quixote de pasear la ciudad á la llana y

aunque el vulgo creyese otra cosa, y algunos embeleca-
dores quisiesen acreditar con estas ficciones la astrología
judiciaria, que andaba tan valida todavía en tiempo de
Cervantes, el qual, con esta invencion (aunque agena)
de la Cabeza Encantada de la casa de Don Antonio Mereno
quiso ridiculizar á los que prestaban asenso á sus quimé-
ricos pronósticos. Geronimo Cardano, que murió por los
años de 1575, citado por Don Juan de Caramuel en su
Joco-Seria Naturæ et Artis: pag. 50, dice: que Andres
Albio, médico de Bolonia, quiso atemorizar á un mancebo
prendado de una doncella, dándole á entender que el
mismo demonio trataba y hablaba de sus amores. Para
esto mandó colocar en el extremo de una mesa una cala-
vera, y al rededor de ella algunas velas encendidas. La
mesa descansaba sobre quatro columnas que la servian de
pies, y estaba agujereada por donde se puso la calavera:
pero cubierta toda con un tapete muy delgado para que
no se descubriese el agujero. La columna ó pie, que corres-
pondia á este, estaba hueco, y tenia introducido un tubo ó
cañon, que pasaba ó penetraba á otra pieza ó quarto
baxo, por que el suelo del de arriba estaba agujereado por
donde estribaba el pie de la mesa, de modo que aplicando
el oido el que estaba abaxo á la boca del cañon ó cerba-
tana, oia facilmente á los que hablaban desde arriba, los
quales hicieron varias preguntas á la calavera, por cuya
boca respondia el de abaxo al caso y oportunamente, por

á pie, temiendo que si iba á caballo, le ha-
bian de perseguir los mochachos, y así él
y Sancho con otros dos criados que Don
Antonio le dió, salieron á pasearse. Suce-
dió pues, que yendo por una calle, alzó
los ojos Don Quixote y vió escrito sobre
una puerta con letras muy grandes: *Aquí
se imprimen libros*; de lo que se contentó
mucho, porque hasta entónces no habia
visto emprenta alguna, y deseaba saber como

que se habian convenido de antemano en lo que se habia
de preguntar y responder. Algunos de los circunstantes
que sabian el secreto, estaban muy divertidos y regocija-
dos; bien al contrario de los que le ignoraban, que oian
á la calavera espeluzados de miedo los cabellos, creyendo
que algun espíritu infernal hablaba en ella, especialmente
el enamorado, que ya le parecia se le llevaba por los ayres.
De este cuento adoptó Cervantes sin duda el suyo; pero
variándole, y exórnándole con tal novedad, que le dio
cierto ayre y visos de original. El P. Kirker tenia en su
Museo, añade el referido Caramuel, la figura ó imagen de
una santa, que daba varias respuestas sin usar de mas
artificio que del de un cañoncito puesto con disimulo en
cierto lugar distante, el qual terminaba en la boca de la
imagen, donde aplicando el oido el preguntante oia las
respuestas que daba el que hablaba por el otro extremo del
cañon. Y los años pasados se mostraba por dinero en Ma-
drid otra figura, llamada con el nombre de la muñeca
parlante, que tambien hablaba con el mismo artificio, ú
otro semejante, sin que faltase gente vulgar que creyese
era todo operacion de la arte mágica.

fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y finalmente toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase Don Quixote á un caixon, y preguntaba que era aquello que allí se hacia : dábanle cuenta los oficiales: admirábase y pasaba adelante. Llegó en otras (1) á uno y preguntóle, que era lo que hacia. El oficial le respondió : señor, este caballero que aquí está (y enseñóle á un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estoyle yo componiendo para darle á la estampa. ¿Que título tiene el libro? preguntó Don Quixote. Á lo que el autor respondió : señor, el libro en toscano se llama *Le bagatelle*. ¿Y que responde *Le bagatelle* en nuestro castellano? preguntó Don Quixote. *Le bagatelle*, dixo el autor, es como si en castellano dixésemos los juguetes, y aunque este libro es en el nom-

(1) Así se lee en la edicion primera y en las demas; pero es sin duda un yerro de imprenta claro, en lugar de *entre otros*, como se diria en el original de Cervantes.

bre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y substanciales. Yo, dixo Don Quixote, sé algun tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mio (y no digo esto porque quiero exâminar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no mas) ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *pignata*? Si, muchas veces, respondió el autor. ¿Y como la traduce vuesa merced en castellano? preguntó Don Quixote. ¿Como la habia de traducir, replicó el autor, sino diciendo olla? ¿Cuerpo de tal, dixo Don Quixote, y que adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta, que adonde diga en el toscano *piace*, dice vuesa merced en el castellano *place*, y adonde diga *piu*, dice mas, y el *su* declara con arriba, y el *giu* con abaxo. Sí declaro por cierto, dixo el autor, porque esas son propias correspondencias (1). Osaré yo jurar, dixo Don

(1) En este traductor del Italiano reprehende Cervantes la ocupacion comun de algunos literatos de su tiempo, que se empleaban en estas versiones del toscano, como ahora sucede con las del frances, con mala eleccion tal vez de las

Quixote, **que** no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos. ¡**Que** de habilidades hay perdidas por ahí! ¡**que** de ingenios arrinconados! ¡que de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto me parece, que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las Reynas de las lenguas griega y latina (1),

obras originales, y con lenguaje desaseado con que adulteran la lengua castellana; y aun las traducciones que se hacian á ella de los autores clásicos griegos y latinos, las adoptaban de las italianas, sin embargo de sonar hechas de los originales, como lo reprehende tambien Lope de Vega en su *Dorotea*, el qual en confirmacion del dictamen de nuestro autor añade: *plegue á Dios que llegue á tanta desdicha por necesidad, que traduzca libros de italiano en castellano, que para mi consideracion es mas delito que pasar caballos á Francia*. Discurso de la Nueva Poesia en su *Filomena*.

(1) Lope de Vega parece mancomuna estas lenguas con las vulgares, segun dice Don Garcia á Pedro su criado.

*Sabes leer? Pedro. Bueno está eso;
Y aun sé Latin. Don Garcia. Si sabras:
Porque yo nunca he tenido
El saber Latin ni Griego
Por hazafia, pues que es
Lo mismo saber frances,
Y lo sabe qualquier lego.*

Comedia de *Santiago el Verde*, P. III, fol. b. 99.

es como quien mira los tapices flamencos por el revers, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz (1); y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel: y no por esto quiero inferir, que no sea loable este exercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre, y que ménos provecho le truxesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el Doctor Christóbal de Figueroa en su *Pastor Fido* (2), y el otro Don Juan de

(1) El primero que usó de esta comparacion tan propia parece fue Don Diego de Mendoza, citado por Don Esteban Manuel de Villegas en el prólogo de su traduccion de *Boecio*: despues de Don Diego la usó Luis Zapata en el de su traduccion del *Arte Poetica* de Horacio, impresa año de 1591, donde dice que *son los libros traducidos tapiceria del revers, que está allí la trama, la materia, y las formas, colores y figuras, como madera y piedras por labrar, faltas de lustre y de pulimento*; y en que añade que *las obras traducidas son como los foragidos que se pasan á otros reynos, que raro hacen fortuna*.

(2) Cuya traduccion se imprimió con este titulo: *El Pastor Fido: Tragicomedia pastoral de Juan Bautista Guarini*. Valencia 1609. 8. Este Doctor que fue natural de Valladolid y Auditor de nuestras tropas en Italia, hablando

Xauregui en su *Aminta* (1), donde felizmente ponen en duda qual es la traducion, ó qual el original. Pero dígame vuesa merced, ¿este libro imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados por lo ménos con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. Bien está vuesa merced en la cuenta, respondió Don Quixote, bien parece que no sabe las entradas y

del empeño de algunos de escribir prólogos y dedicatorias dixo en el *Pasagero* (pag. 118.): *dura esta flaqueza en no pocos hasta la muerte, haciendo prologos y dedicatorias hasta el punto de espirar.* Con cuyas palabras aludí sin duda al prólogo y dedicatoria que á lo último de su vida, y despues de recibida la Extremauncion, hizo Cervantes el año antecedente á los *Trabajos de Persiles*. Así agradecio este traductor el juicio favorable que hace aquí el autor de Don Quixote de su version castellana. (*V. Vida de Cervantes.*)

(1) Don Juan de Xauregui fue un caballero Sevillano, no menos poeta que pintor insigne, cuya arte profesaba por aficion, y de que se servia para retratar á sus amigos, y á otros, como lo hizo con Miguel de Cervantes, segun dice este en el prólogo de las *Novelas*. Su traducion se intitula así: *El Aminta: Comedia pastoril de Torquato Taso*. Sevilla, 1618.

salidas de los impresores y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo, que quando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el libro es un poco avieso y no nada picante. ¿Pues que, dixo el autor, quiere vuesa merced, que se lo dé á un librero que me dé por el privilegio tres maravedis, y aun piensa que me hace merced en dármelos (1)? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras: provecho quiero, que sin él no vale un quattrin la buena fama. Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió Don Quixote, y pasó adelante á otro caxon, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba: *Luz*

(1) De los mismos librer's decia tambien el licenciado Vidriera (*Novela de Cervantes*) que no le contentaba una falta que tenian, y era: *los melindres que hacen quando compran un privilegio de un libro, y la burla que hacen á un autor, si acaso le imprime á su costa, pues en lugar de mil y quinientos imprimen tres mil libros, y quando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los agenos.*

del alma (1), y en viéndole dixo : estos tales libros , aunque hay muchos deste género , son los que se deben imprimir , porque son muchos los pecadores que se usan , y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados. Pasó adelante y vió que asimesmo estaban corrigiendo otro libro , y preguntando su título , le respondieron que se llamaba : *La segunda parte del ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, compuesta por un tal , vecino de Tordesillas. Ya yo tengo noticia deste libro , dixo Don Quixote , y en verdad y en mi conciencia , que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente ; pero su San Martín se le llegará , como á cada puerco : que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleytables , quanto se llegan á la verdad , ó á la semejanza della , y las verdaderas tanto son mejores , quanto son mas verdaderas : y diciendo esto , con muestras de algun des-

(1) Su autor Fr. Felipe de Meneses, natural de Truxillo, de la orden de Santo Domingo, catedrático de Alcalá, que intituló así su obra : *Luz del alma christiana contra la ceguedad y ignorancia. Es una esplicacion de la doctrina christiana.* Salamanca, 1556. 4.

pecho se salió de la emprenta , y aquel mesmo dia ordenó Don Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban , de que Sancho se regocijó mucho , á causa que en su vida las habia visto. Avisó Don Antonio al Quatralvo de las galeras , como aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped el famoso Don Quixote de la Mancha , de quien ya el Quatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenían noticia , y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.